

Un sujeto llamado maestro. Un análisis desde la partición civilización-barbarie¹

Juan Marincevic*
Violeta Guyot**

Resumen:

El 15 de octubre de 1852 aparece en *El monitor de las escuelas primarias*, un artículo de Domingo Faustino Sarmiento sobre «Los maestros de escuela». Intentaremos mostrar cómo la imagen del maestro se demarca en la mirada de Sarmiento a partir del «*a priori histórico*» que significó la partición civilización-barbarie en la cultura del siglo XIX. El «sujeto maestro» se encuadra en la misión civilizatoria que demandará la ejecución de unas «tecnologías del yo» capaces de producir nuevos sujetos, de acuerdo con el proyecto de una cultura que demanda obediencia, disciplina, limpieza, la reforma de las costumbres, para hacer posible la vida social ordenada a la modernización por el conocimiento, la moral y el progreso. Se trata de la posibilidad de que los sujetos sean capaces de afectarse a sí mismos a través de un otro, según procedimientos para configurar una racionalidad orientada a los fines de la civilización.

Abstract:

An article entitled *Los maestros de escuela* by Domingo Faustino Sarmiento was included in the October 15th 1852 issue of *El monitor de las escuelas primarias*. We intend to show how the teacher image is profiled in Sarmiento's view on the basis of the *historic a priori* in 19th century culture constituted by the partition civilisation-barbarism. The «teacher subject» fits into the frame of the civilising mission that demands the performing of certain «technologies of the self» capable of producing new subjects according to the project of a culture that demands obedience, discipline, neatness and custom reforms in order to enable a type of social life ordered by knowledge, morals and progress to keep pace with modernisation. This means the possibility of subjects being capable of affecting themselves through another subject according to procedures that aim at delineating a civilisation-oriented rationality.

* Universidad Nacional de San Luis.

** Universidad Nacional de San Luis.

Los maestros de escuela

El 15 de octubre de 1852 aparece en *El Monitor de las Escuelas Primarias*, un artículo de Domingo F. Sarmiento sobre «Los maestros de escuela».² Durante su tercera residencia en Chile, le había propuesto al Presidente Manuel Montt³ la fundación de una revista titulada *Monitor de la Educación*. Contó con la aprobación de Montt, pero el título fue modificado por las objeciones del Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública. Sarmiento fue nombrado por el gobierno chileno para organizar y dirigir esa publicación oficial que aparecería mensualmente. El sanjuanino incluyó muchos trabajos suyos sobre la educación, fomentando la educación pública y el mejoramiento de las condiciones de trabajo de los maestros. También se ocupó de temas tales como edificios escolares, bibliotecas populares, escuelas de artes y oficios, escuelas agrícolas, artísticas y para sordomudos, perfeccionamiento docente, escuelas normales de mujeres, escuelas nocturnas, ideas pedagógicas, métodos didácticos, estudios comparativos de la situación de la educación pública en distintos países.

El discurso sobre los maestros es un mecanismo recurrente que Sarmiento utiliza estratégicamente de acuerdo al contexto en que es enunciado y al impacto que pretende lograr. Así, el estilo periodístico, el ensayo, la biografía, el informe oficial, el discurso político, la narración literaria, el estudio comparativo, constituyen un campo de desplazamiento de los enunciados acerca del maestro, de su misión, su formación, sus cualidades personales, su carácter ético. Este corpus discursivo, permite realizar abordajes específicos poniendo de relieve enfoques de tipo filosófico, jurídico, político, social, pedagógico, prescriptivos. Tal vez, ninguno de ellos satisface la riqueza y la complejidad de la concepción de este sujeto llamado maestro, que Sarmiento buscaba constituir, y que diferenciaba y privilegiaba en relación a otros por las prácticas que estaba destinado a realizar.

El artículo más arriba mencionado, constituye una pieza para el análisis discursivo así como para la interpretación hermenéutica, que requiere un abordaje interdiscursivo y al mismo tiempo una articulación extradiscursiva, la remisión a la materialidad del discurso y a sus condiciones de posibilidad. Es decir, a los *a priori históricos* desde los cuales Sarmiento se planteaba la pregunta por el maestro y su misión en un espacio de lucha y de combate en las condiciones que entendía como un impedimento para el ingreso del país a la modernidad.

«Los maestros de escuela» se nos presenta como un discurso en el que las ideas, los conceptos y los recursos estilísticos, remiten por un lado a otros textos en los cuales Sarmiento ha desarrollado el tema vinculado a los saberes legiti-

mados en su época, acerca de la educación, lo social, lo político, lo económico, lo filosófico, lo científico y en general a todos los recursos tecnológicos que el conocimiento proporcionaba para operar cambios efectivos en la realidad americana. Por otro lado, a los conocimientos aportados por las nuevas ciencias positivas en torno al hombre, a la repercución cultural de las nuevas teorías antropológicas que introducían un instrumento de validación epistemológica muy poderoso y que recuperaban viejas ideas y polémicas en torno a las diferencias étnicas, culturales y de desarrollo de unas sociedades respecto de otras.

Partiendo del texto sarmientino, nos encontramos con unas afirmaciones acerca de la misión del maestro, sostenidas por unos conceptos que constituyen la clave, a partir de la cual podríamos intentar reconstruir el horizonte cultural en el que ciertas categorías de análisis funcionaban como instrumentos válidos para dar cuenta de la realidad de la época. Se trata de la partición **civilización-barbarie**, que si bien marcan los extremos de unos conjuntos categoriales antinómicos, también organizan un sistema de exclusiones que, desde el punto de vista de unas acciones estratégicas, delimitan el campo de operaciones y prescripciones de las prácticas del maestro. Está claro que para Sarmiento, la posición del maestro dentro de ese sistema lo instituye en el sujeto de un proceso en el que se construye su **identidad**.

Así lo percibimos cuando en el texto sostiene: «*Los maestros de escuelas son en nuestras sociedades modernas esos artífices oscuros, a quienes está confiada la obra más grande que los hombres puedan ejecutar; a saber, terminar la obra de la civilización del género humano, principiada desde los tiempos históricos en tal o cual punto de la tierra, transmitida de siglo en siglo de unas naciones a otras, continuada de generación en generación en una clase de la sociedad, y generalizada, sólo en este último siglo, en algunos pueblos adelantados, a todas las clases y a todos los individuos.*»⁴

Más adelante, Sarmiento insiste en la misión del maestro en los siguientes términos: «*El maestro no inventa la ciencia, ni la enseña; acaso no la alcanza sino en sus más simples rudimentos; acaso la ignora en la magnitud de su conjunto; pero él abre las puertas cerradas al hombre naciente y le muestra el camino... El maestro de escuela, al poner en las manos del niño el silabario, lo constituye miembro integrante de los pueblos civilizados del mundo, y lo liga a la tradición escrita de la humanidad... El maestro (le quita) la tacha de salvaje, que es el estado originario del hombre... Su misión es llevar a las extremidades la vida intelectual que se agita en los centros.*»⁵

Las condiciones que hicieron posible este discurso, no son las mismas que las que hoy hacen posible su interpretación y análisis. Esto es, en nuestra actualidad el campo discursivo a partir del cual pensamos no tiene la misma significación, pues se han producido mutaciones en el orden de los saberes, de los conocimientos, de las ideas, de las prácticas sociales, de las positividades.

Por un lado, la ciencia de la naturaleza ha abierto nuevas perspectivas acerca del universo; por otro lado, las ciencias sociales, lideradas por las nuevas corrientes de la antropología, han modificado profundamente la visión del hombre y de la sociedad. Asimismo, las nuevas ideas en torno a los derechos humanos, el respeto a la diversidad, el reconocimiento de las heterogeneidades y de las diferencias, han hecho prosperar formas de la sociabilidad y del respeto a la condición del Otro, impensables en la perspectiva de la cultura del siglo XIX.

Todos estos aspectos constituyen para una posición acrítica o dogmática, un obstáculo epistemológico y existencial para la reconstrucción del horizonte de sentido en el que aquellas palabras tenían una significación plena, para un auditorio que las recibía como el enunciado de una novedad y que les permitía comprender cabalmente los referentes situacionales del discurso.

Tomar conciencia de este hecho, nos releva de aceptar los lugares comunes en las interpretaciones que, tradicionalmente, han glorificado o satanizado la figura y la obra de Sarmiento. En ambas posiciones sigue operando un cierto anacronismo que trata de aplazar todos los acontecimientos que fueron transformando la realidad de nuestro país, como si los hechos de hoy recrearan los mismos conflictos anteriores a la organización nacional. Como si el deseo y la lucha por la construcción del país inflamara hoy, como ayer, la vida cotidiana de nuestros intelectuales y políticos. Como si las categorías con que se pensaba aquella realidad tuvieran hoy el mismo régimen referencial.

Qué significaba en aquel contexto hablar de «civilización del género humano», de «pueblos civilizados», de «pueblos adelantados»? Que significaba llevar la vida intelectual de los «centros» a las «extremidades»? Cómo se entendía que el «salvajismo» fuera el «estado originario» del hombre?

Estas palabras desempeñan en el discurso el papel de categorías que expresan las reglas, la normatividad, que rige la significación en el campo de los saberes que circulaban en aquella época. Al mismo tiempo, convocan a otras, con las cuales constituyen cuadros semánticos que indican pares de antinomias organizando la racionalidad en una estructura binaria. Hablar de «pueblos文明ados», implica su opuesto «pueblos bárbaros»; «pueblos adelantados» convoca «pueblos atrasados; «salvajismo» o «estado de naturaleza» remite a «estado de cultura»; «los centros» donde se produce el conocimiento refieren a «las extremidades» o «las marginalidades» de la vida intelectual.

Según Arturo Roig⁶, toda forma de categorización está condicionada a la situacionalidad histórica del sujeto colectivo que la sostiene, a partir de considerarse a sí mismo como valioso. Por lo tanto, ella no responde a modos absolutos, abstractos o *a priori*, sino que tiene referentes concretos. Ellos

permiten al enunciado elevarse desde un origen empírico a una estructura conceptual que, una vez establecida, funciona como un *a priori histórico*, en cuanto permite dar cuenta de los hechos a través de una explicación racional, ordenando el campo de experiencias posibles, en los términos de «mundo», «pueblo», «estado», «nación».

Las categorías adquieren un carácter normativo universal y concreto, en la medida en que como sujeto colectivo «nos ponemos a nosotros mismos como valiosos» y al mismo tiempo, «tenemos como valioso el conocernos a nosotros mismos». ⁷ La normatividad de esta estructura categorial, «tiene que ver con el camino que se ha de recorrer para alcanzar un discurso filosófico, y según sea el que sigamos o no, será el lugar al que llegaremos, por lo que la elección de la ruta no es accidental respecto de lo que se persigue, no se trata de una vía casual, sino de la necesaria para llegar a donde se desea, y las exigencias que se nos dan para transitar ese camino no son por tanto extrañas al resultado.»⁸

Sostener esto, implica la afirmación de un «*a priori antropológico*» como acto del sujeto empírico para quien su temporalidad requiere, junto con el reconocerse como valioso, un rescate de la cotidianidad, en la cual asumir las propias pautas del pensar, adquiere el carácter de un programa axiológico-filosófico como condición del discurso y de la acción.

Dentro de este marco podemos entender la «necesidad de una filosofía americana, por parte de los jóvenes argentinos que integraron la Generación de 1837» (para quienes) la filosofía aparecía enunciada con un sentido normativo fuertemente programático, dentro del cual se destacaba como pauta básica la exigencia de partir de una autoafirmación del hombre americano como sujeto de su propio pensar». ¹⁰

De acuerdo a estas consideraciones, cada una de esas categorías refiere a una solidaridad entre conceptos con los cuales configuran un espacio teórico, dentro del cual adquieren su capacidad explicativa o referencial. «Pueblos civilizados» se refiere a unos modos de la sociabilidad: la urbanidad frente a la vida aislada y rural; obrar de acuerdo al deber, es decir a la ley, en lugar de responder al capricho individual; proyectar la vida más allá de las necesidades que apremian desde el presente, el cultivo de las buenas costumbres; la limpieza, el aseo, la pulcritud, el orden; la apreciación de lo que es útil para el desarrollo personal y social; la afirmación del trabajo y de la vida productiva; el cultivo del gusto por la belleza tanto natural como artística; la valoración y la promoción de las actividades intelectuales, científicas, estéticas y de las ideas éticas y religiosas. La vida civilizada, no podría sostenerse sin el requisito de la sustitución del poderío individual de la fuerza bruta por el de la comunidad que se rige según el derecho instituído.

Estas son las condiciones para el ejercicio de la libertad fundada en el respeto y en el orden, no en la anarquía y en el atropello. El uso de las categorías así planteadas, responden al propósito de intervenir en el orden de lo que se entiende por un proceso civilizatorio.

Pero al mismo tiempo, ponen en juego una teoría de la cultura y de la historia que durante el siglo XIX, configuraron el espacio y el orden en el que se ha constituido el saber, los conocimientos que fundamentaron la disparidad entre el discurso civilizatorio legitimado y el criterio de la barbarie desde el lugar de la exclusión. Parafraseando a Foucault, podríamos decir que la historia de la barbarie, sería la historia de lo «Otro-de lo que para una cultura, es a la vez interior y extraño y debe por ello excluirse...». La historia de la civilización sería la historia de lo «Mismo», la voluntad de autoafirmación y negación de la diferencia.¹¹

Es inevitable, al plantear la partición **civilización-barbarie** referimos al libro que le valió a Sarmiento la fama más contradictoria, y se convirtió en el centro de una disputa política y filosófica que convocó a unitarios y federales, a liberales y revisionistas, a nacionalistas y europeizantes y que aún en la actualidad produce adhesiones y rechazos, tal es la fuerza con que impactan el tratamiento de las problemáticas en él abordadas.

Se trata de *Facundo o Civilización y Barbarie*, que también escribió y editó en Chile, primero en el diario *El Progreso*, en forma de folletín por entregas, a partir de mayo de 1845. Ese mismo año, realizó una edición del texto completo. Se trata de un libro que representa una época, expresión de una literatura profundamente nacional, de un «descubrimiento de la patria y de los hombres que apasionadamente la habitan.... el momento más pleno, más heroico y nacional del gaucho: el de su resistencia contra la política de Buenos Aires».¹²

Según Campobassi, la intención de Sarmiento era «querer emplear su contenido para hacer conocer en Chile, en 1845, y no después, la situación política, social y económica de la Argentina y la actuación de Rosas¹³ y los caudillos aliados de éste...». El mismo autor sostiene que, Sarmiento «desarrolló en esta obra una nueva doctrina sobre nuestras luchas civiles. El viejo antagonismo entre unitarios y federales le pareció hacia 1845, a los 34 años de su edad, un anacrónico dilema partidario pleno de groseras mentiras lanzadas por la propaganda fanatizada y sostenidas por las frenéticas supersticiones colectivas.»¹⁴

La lectura del libro, además de sus virtudes estético-literarias, nos coloca ante un formidable aparato discursivo de lucha política en el cual aparece la partición **civilización -barbarie** como el eje central del análisis. Se trataba de tomar partido por la civilización, de derrotar al tirano Rosas, de comenzar a transitar el camino de la unidad nacional.

El texto «Los maestros de escuela», retoma más tarde estas categorías que han vertebrado todas las prácticas sociales de Sarmiento, aunque en él se ha desplazado el análisis a unos objetivos estratégicos puntuales: la misión del maestro, entre la civilización y la barbarie.

En cambio, en el *Facundo* realiza un desarrollo categorial complejo, que nos permite rastrear el despliegue de las líneas de pensamiento que configuraron su representación de los hechos a partir del campo de experiencias posibles, en la Argentina desde Revolución de Mayo de 1810 hasta mediados del siglo XIX.

Las ideas acerca de la sociedad, la cultura y la historia, tienen en Sarmiento la impronta filosófica de grandes pensadores del siglo XVIII y de principios del XIX. Estas ideas se irán afirmando, avanzado el siglo, a partir de la valoración cada vez más firme de las teorías científicas y las invenciones tecnológicas, que representaban la posibilidad de dar unos fundamentos más sólidos a su práctica discursiva y los elementos concretos para plantear la modernización de la nación.

Una concepción de la cultura

En *Facundo*, Sarmiento esboza una concepción de la cultura apoyada en la partición **naturaleza-cultura**. No tenemos allí un desarrollo teórico especulativo, sino los personajes que encarnan los modos en que se concretan esas categorías. Facundo¹⁵, llamado el *Tigre de los Llanos*, representa al hombre natural. En el célebre pasaje en que aquél se encuentra con el tigre, Sarmiento describe la escena como el drama que se desarrolla en la naturaleza cuando se enfrentan dos fieras, Facundo y el tigre: «Esta escena horrible duraba ya dos horas mortales; la postura violenta del gaucho y la fascinación aterrante que ejercía sobre él la mirada sanguinaria, inmóvil, del tigre, del que por una fuerza invencible de atracción no podía apartar los ojos....» La situación se resuelve ferozmente, porque una vez que es rescatado por unos amigos, se arroja sobre la fiera «que no pudo escapar a las puñaladas repetidas con que en venganza de su prolongada agonía le traspasó el que iba a ser su víctima».¹⁶

Más abajo busca para sus argumentos la legitimación de la ciencia: «La frenología o la anatomía comparada han demostrado, en efecto, las relaciones que existen entre las formas exteriores y las disposiciones morales, entre la fisonomía del hombre y la de algunos animales a quienes se asemeja en su carácter»¹⁷. Cuando hace el retrato de Facundo, los rasgos de su fornida figura recuerdan la marca de la naturaleza: su cara «estaba hundida en un bosque de pelo».

Pero este hombre natural es el representante de todos los que comparten su condición: el gaucho, el campesino argentino «tal cual lo ha formado la naturaleza y la sociedad en que vive». Según Feinmann, en esta afirmación se encuentran «...dos de las tesis centrales del *Facundo*: a) el gaucho es producto directo de su medio, es naturaleza; b) vive en sociedad, lo cual implica un orden; esta sociedad, sin embargo, no es verdadera...». ¹⁸

En relación al primer aspecto, Sarmiento relata cómo los prototipos que representan la originalidad y los caracteres argentinos de la vida campesina son el rastreador, el baqueano, el gaucho malo, el cantor. Ellos conocen instintivamente los secretos de la tierra, de la naturaleza. Desde el rastreador, el más admirable y el más misterioso por los poderes microscópicos de su órgano de la vista, hasta el cantor que anda de pago en pago cantando las hazañas de los héroes de la pampa, haciendo crónica, historia, biografía, son naturaleza. Pero el más natural de todos esos hombres es Facundo, pues «es un tipo de la barbarie primitiva; no conoció sujeción de ningún género; su cólera era la de las fieras, la melena de sus renegridos y ensortijados cabellos caía sobre su frente y sus ojos, en guedejas, como las serpientes en la cabeza de Medusa....En todos sus actos mostrábase el hombre bestia aún, sin ser por eso estúpido y sin carecer de elevación de miras...gustaba de ser temido... En la incapacidad de manejar los resortes del gobierno civil, ponía el terror como expediente para suplir el patriotismo...Ignorante, rodeándose de misterios, y haciéndose impenetrable, valiéndose de una sagacidad natural, una capacidad de observación no común, y de la credulidad del vulgo, fingía una prescencia de los acontecimientos, que le daba prestigio y reputación entre gentes vulgares»¹⁹

De qué está hablando Sarmiento en este elocuente retrato de Facundo? «Observemos sus secretos poderes», dice Feinmann, a) «una sagacidad natural» ; b) una capacidad de observación no común; c) cierto conocimiento de la «naturaleza humana». Concluimos de aquí que si la mirada de Facundo es no común (b) es por la mirada de un hombre sagaz. Esta sagacidad, a su vez, no ha sido conquistada por un trabajo del espíritu: es un don natural (a). La mirada sagaz de Facundo le permite el conocimiento de una determinada realidad: la naturaleza humana (c). Ahora bien, si al adjetivo «humano» que acompaña al sustantivo «naturaleza», lo sustituimos por su verdadero equivalente, concluiremos que la naturaleza que conoce Facundo es la naturaleza gauchesca. Es decir, la naturaleza natural. Todo el proceso se desarrolla pues, dentro del orden de la facticidad».²⁰

En relación al segundo aspecto, Sarmiento afirma que el gaucho carece de una sociedad verdadera, de «cosa pública»; sin ciudad como elemento mediador sólo puede enfrentarse a la naturaleza como parte integrante de ella. «Perderse una y otra vez en esa silenciosa facticidad, jamás trascender lo dado: He aquí su destino irreparable.²¹

Así es como la fiera y el hombre disputan en la inmediatez del mundo natural. Las formas de la sociabilidad destacan a la pulperia («asamblea sin objeto público, sin interés social») en el orden de la distracción y el divertimento, y a la mandonera, a través de las cuales la instintiva resistencia a la ley y a la disciplina encontraba el pretexto para la revuelta, para enfrentarse al orden por el cual luchaban los patriotas desde las primeras horas de la revolución.

En cambio, por el orden que introduce la ciudad, el hombre accede a la cultura, de tal forma que al determinismo mecánico del campo se opone el determinismo cultural de las ciudades. La naturaleza es penetrada por la determinación del espíritu; la tarea del hombre será entonces civilizar, introducir las pautas de la racionalidad, de la ley, del orden y el valor.

De este modo la confrontación naturaleza-cultura encuentra su forma más concreta en la oposición campaña-ciudad, que representa a su vez uno de los modos de la participación civilización-barbarie.

Una concepción de la historia

También en *Facundo* podemos rastrear una concepción de la historia como una teoría del conflicto desde la participación civilización-barbarie.

El estado de naturaleza en la que vive el hombre de campo, carece de una dimensión histórica, puesto que la historia acontece por la mediación de la razón, el espíritu. Los acontecimientos que van configurando el devenir histórico, que es el devenir de la cultura, de la civilización, ponen en escena la confrontación con la barbarie. Pero en este punto Sarmiento da un paso más: «De eso se trata, de ser o no ser salvajes».²²

La posibilidad de una superación de la oposición civilización-barbarie aparece negada, pues la lucha entre estos dos estados es constitutiva del proceso histórico mismo. La barbarie entra en la historia como estado previo a la civilización o en tanto se enfrenta a ella. El triunfo de la barbarie es el estancamiento que nos devuelve a épocas pretéritas ya superadas. Sarmiento se refiere al colonialismo o al feudalismo, siendo este último contemporáneo a la civilización instalada en otros países, en los que ha sido derrotado por los avances de la democracia, la ciencia, la tecnología, el espíritu industrial de la sociedad, esto es, en Europa y Estados Unidos.

La humanidad ha evolucionado hasta alcanzar el estado de civilización, que permanentemente genera nuevas formas y permite abandonar las más viejas. «...todos los pueblos se organizan según la época en que viven; pero esta época pasa, le sucede otra más adelantada, otra en que nuevos principios y nuevas cosas, nuevos hombres y nuevas ideas piden la parte que les corresponde».²³

La noción de progreso, implicaba también imponerse a la inercia de las zonas rurales, poblar el desierto, llevar al imperio de la naturaleza los productos de la civilización; esto es la técnica, el mejoramiento de las costumbres, la cultura del trabajo y el orden, la limpieza, la educación.

Por la época en que Sarmiento escribió *Facundo*, y aún el artículo «Los maestros de escuela», las influencias de las corrientes del pensamiento europeo, llegaban a través de los libros que ingresaban al continente y le proporcionaron instrumentos muy poderosos para observar, describir e interpretar la sociedad y la historia argentina y americana. «*Llevábamosle al vulgo escritor grande ventaja. Reinaban aún en aquellas apartadas costas (de Chile) Guillermo Raynal y Gabriel B. de Mably, sin que estuviera del todo desautorizado El contrato social. Los más adelantados iban por Benjamín Constant. Nosotros llevábamos, yo al menos, en el bolsillo a Juan L. Lerminier, Pedro Leroux, Alexis C. de Tocqueville, Francisco Guizot...»*²⁴

La nueva idea de la ley universal del progreso es de corte orgánico, supera el sentido iluminista, que tanto había marcado a los ilustrados rioplatenses, pues en su alcance romántico, funda el valor concreto de la historia. Los románticos repudiaron el carácter abstracto del iluminismo francés; su teoría del progreso, sostenida entre otros por Condorcet, exaltaba el poder de la razón como única fuente de los valores y las leyes. El progreso no está en la historia misma, es obra de la razón, y a menudo aquella perturba el derecho de esta última.

Contra esta teoría, el romanticismo reacciona con una filosofía de la historia que se afirma en la idea de evolución de carácter historicista que impregna tanto a la naturaleza como al mundo social. Vico y Montesquieu son dos precursores del historicismo. Cousin introduce en Francia las ideas de Herder, cuya obra más importante ya había sido traducida del alemán por Quinet. La influencia de Herder en Chile es reconocida y según Alberini, «Bien se nota en *Facundo* donde la psicogenia es de corte herderiano». En esta concepción el progreso no se impone a la historia, es inmanente a ella; cada época y cada lugar tienen un valor y un significado únicos. La finalidad del devenir creador es la humanidad que concretamente deviene en las naciones. Toda reforma social va a ser entendida bajo la ley del progreso, en un sentido optimista como fatalidad de la historia. Por eso las formas bárbaras que se resistan al proceso civilizatorio serán combatidas en diversos grados, hasta justificar el exterminio. El historicismo tiene influencia en nuestro país hasta 1880.

Este fatalismo histórico del progreso de la humanidad, es el que lleva a afirmar la necesidad de observar el desarrollo de Europa y Estados Unidos, como países donde el proceso se anticipó de la mano del hombre, de sus

leyes, de su ciencia, de su técnica y de su educación. Pero los modelos no deben importarse en bruto, pues la realización de la humanidad tiene como materia prima las naciones, con sus peculiaridades y sus modos de ser. Así, el pasaje a la civilización debía atender las características propias de cada realidad geográfica y social.

En «Los maestros de escuela», el discurso civilizatorio de Sarmiento es portador de estas ideas. «*El hecho de un pueblo entero, hombres, mujeres, adultos y niños, ricos y pobres, educados o dotados de lo medios de educarse, es nuevo en la tierra; y aunque todavía imperfecto, vese ya consumado o en vísperas de serlo, en una escogida porción de los pueblos cristianos en Europa y en América, en países desde muy antiguo habitados, y en territorios cuya cultura data de ayer solamente, para mostrar que la generalización de la cultura es menos el desarrollo del tiempo, que el esfuerzo de la voluntad, el movimiento espontáneo y la necesidad de la época*»²⁵

La necesidad de la época puede ser llenada fundamentalmente por la educación, pues ella es el pasaje obligado para ingresar a la cultura y a la civilización: «...el día en que todos los niños de un país pasen por esta preparación para entrar en la vida social, y que todos los maestros llenen con ciencia y con conciencia su destino, ese día venturoso una nación será una familia, con el mismo espíritu, con la misma moralidad, con la misma instrucción, con la misma aptitud para el trabajo un individuo que otro...»²⁶

Pero Sarmiento va más allá, cuando al mostrar la importancia del maestro de escuela en los pueblos de Sud América, quiere señalar sus lineamientos: «*Entre dos elementos opuestos estamos arrojados, y a ellos nos ligamos por uno u otro cabo. Por alguna de las extremidades del territorio que ocupan nuestras poblaciones cristianas, asoma el toldo del salvaje, bajo cuyas improvisadas techumbres se muestra la naturaleza en todo su abandono. El hombre feroz en sus instintos, imprevisor en sus medios de existencia, desconfiado por ignorar las causas y sus efectos, inhumano por la conciencia íntima de su inferioridad y de su impotencia, rudo en sus gustos, inmoral por imperfección de su conciencia del bien; violento en sus apetitos por la dificultad de satisfacerlos; pobre porque no sabe dominar la naturaleza, someter la materia ni comprender sus leyes; estacionario en fin...; vive porque ha nacido, y muere sin dejar a los suyos ni propiedad adquirida, ni legado de ciencia, de gloria o de poder...Este espectáculo no lo conoce de siglos atrás el mundo civilizado; y si en la América del Norte existen salvajes, la sociedad culta está tan avanzada, que la presencia de aquellos es más bien un antagonismo que una rémora*».²⁷

Sarmiento advierte que en Chile como en Argentina, el salvaje ha sido domesticado por la acción de tres siglos, se ha mezclado en la sociedad de origen europeo, adquiriendo los rudimentos de su cultura. Sin embargo sobreviven muchas costumbres y defectos de carácter antiguo: «*Del salvaje*

*americano nos viene el rancho, sin puertas, sin muebles... De origen salvaje es el poncho, ese pedazo de tela que encubre el desaliento del vestido..... El chiripá es todavía otro pedazo de tela, que los salvajes han enseñado a llevar en el cuerpo a los cristianos.... Estos restos de barbarie, estas apariencias semisalvajes, producen resultados sociales e industriales que son fatales a la sociedad en general, y embragan al progreso, y a veces lo matan....».*²⁸

También señala la indolencia como la causa de la perpetuación de estas tradiciones imperfectas, de la falta de prosperidad de nuestra nación, que sin embargo otorga el nombre de ciudadanos a seres «estacionarios», «rebeldes a la cultura», «indisciplinados para la vida política».

Este será el campo de lucha del maestro en el que sembrará todos los años sobre terreno ingrato. «*El niño, con tanto afán educado, volverá al seno de la familia y el rancho, el desaseo, la desdeñosa indiferencia del padre, la ruedesa de la madre, destruirán del todo, o debilitarán en parte los frutos adquiridos.... todo conspirará para debilitar el germen de mejores ideas que recibe en la escuela. El abandono de las autoridades, la falta de estímulos, la indiferencia de los padres, llevarán al seno de la escuela misma el desaliento, la monotonía y el desencanto.*»²⁹

No obstante este cuadro desalentador, la gran obra debe iniciarse. Podríamos señalar los efectos de la educación escolar, como un ejercicio de sí, que tanto el maestro como los alumnos realizarían afectándose mutuamente:

-la reunión de un grupo de seres bajo la autoridad del maestro como gobierno, pone el primer germen de la asociación; de la obediencia, de la disciplina. Se aprende el sentido del deber, superando el capricho individual. «*He aquí ya la moral inculcada, la naturaleza ruda sometida, disciplinada;... las escuelas por el sólo hecho de asistir a ellas a horas fijas, con objeto determinado son la disciplina de las pasiones en germen y en desenvolvimiento;... la vida social comienza y deja trazas imperecederas...*».³⁰

-en la escuela se aprende a leer como un ejercicio sistemático. Sarmiento distingue entre la lectura como ejercicio de las facultades mentales y la lectura como portadora de conocimientos, de cultura: «*Todo un curso completo de educación pude reducirse a esta simple expresión: leer lo escrito, para conocer lo que se sabe, y continuar con su propio caudal de observación la obra de la civilización.*» Y continúa «*Esto es lo que enseña un maestro en la escuela, este es su empleo en la sociedad.*»³¹

-la educación escolar como proceso civilizatorio transforma no sólo la inteligencia sino también la apariencia y la fisonomía de las personas, le otorga dignidad y soltura.

-la escuela puede ser el medio para cambiar «*en una sola generación la capacidad industrial del mayor número... Está probado, fuera de toda duda, que el saber leer es motivo de producir más y mejor en las fábricas.*»³²

-la escuela para realizar el proceso civilizatorio necesita medios auxiliares para promover el desarrollo productivo de un país. Enseñar a leer «bajo todas sus faces»: en los libros para saber de agricultura, de la guerra, de la cría de ganado, de religión; pero también enseñar a leer «*esos caminos de hierro, esos telégrafos eléctricos, esos vapores, que, como las obras de la naturaleza narran la gloria de Dios, así ellos van narrando, por todos los países de la tierra, la gloria y el poder de las naciones que han cultivado la inteligencia, y prodigado los medios de conocer y participar del caudal de luces que ha atesorado la humanidad.*»³³

El maestro, ese sujeto llamado a producir el proceso civilizatorio desde su humildísimo lugar, es el ejecutor de una «tecnología» «capaz de producir nuevos sujetos operando el pasaje de la barbarie a la civilización. Pero para ello, hacía falta el soporte de la escuela como institución pública.

Así lo debió pensar Sarmiento cuando en 1872, en una carta al Gobernador de San Luis, D. Juan Ortiz Estrada, afirmaba recordando la impresión que le habían producido las mandoneras de Facundo Quiroga entrando a San Juan, cuando era apenas un adolescente: «*Siempre he pensado, y creo haberlo alguna vez escrito, que el espectáculo de tanta barbarie, como la de aquellos llanistas medio desnudos, desgreñados y sucios, me trajo la idea de la educación popular como institución política.*»³⁴

Más tarde retomará la problemática de la partición **civilización-barbarie**. Pero para ese entonces, su mirada habrá recorrido las maravillas y miserias de los pueblos civilizados, convirtiéndose, en el relevamiento de las situaciones concretas, en el doctrinario de la civilización que tendrá como protagonista un «pueblo ideal». Al decir de Roig,³⁵ éste resultará de «*una política inmigratoria y a su vez de una política étnica, que implicaba la destrucción y la desaparición de los grupos humanos 'primitivos'*». Las nuevas teorías de la evolución cultural de carácter unilineal crearán el clima intelectual que condicionaría el discurso civilizatorio en el horizonte de la lucha política que conduciría a la etapa de la organización nacional.

Conclusiones

Hemos intentado analizar el discurso de Sarmiento en una de sus manifestaciones más contundentes respecto de la «función maestro», como mediador entre la **civilización** y la **barbarie**. Para lograr una interpretación en la doble situacionalidad en que nos coloca el texto «Los maestros de escuela», debimos tener en cuenta el marco de representaciones en el cual las categorías de civilización y barbarie adquieren su potencial significativo en

la época en que Sarmiento pronunciaba su discurso, así como en nuestro tiempo lo recepcionamos en un horizonte de sentido incommensurable con aquel otro.

Para llevar adelante esta tarea fue necesario disponer de un dispositivo hermenéutico que articulara los espacios textuales intra y extradiscursivos, y permitiera evaluar la multiplicidad de efectos de los discursos científicos, filosóficos, morales, en la concepción de la cultura y de la historia de Sarmiento a la hora de instituir categóricamente la identidad del sujeto maestro. Este procedimiento nos permitió demarcar una nueva línea de visibilidad en las técnicas de producción de subjetividad por la mediación del maestro en el territorio de la escuela pública.

Notas:

¹ El presente trabajo es una producción del Proyecto de Investigación «Tendencias Epistemológicas y Teorías de la Subjetividad. Su impacto en las Ciencias Humanas», Línea C «Teorías y Prácticas en Historia de la Educación». SECYT, UNSL En relación a esa problemática venimos realizando una investigación desde hace varios años, cuyos resultados se han publicado parcialmente. Cabe destacar entre otros: «Nación y Progreso en el Proyecto Educativo de D.F. Sarmiento», *Contexto & Educacao*, Univ. do Noroeste do Rio Grande do Sul, Brasil, 1994, 36; «D.F.Sarmiento y el proyecto Educativo para la Organización Nacional Argentina», *Cuadernos Serie Latinoamericana de Pedagogía* Coedición UPN (Colombia)-UNSL (Argentina), Vol. I, 1997, 141; «Educar al Soberano. Enunciación de una voluntad política y pedagógica», EN GUYOT, MARINCEVIC, BECERRA BATÁN (1996) *Los Usos de Foucault*, Buenos Aires, Ed. El Francotirador, 59

² SARMIENTO, Domingo Faustino (1952) «Los maestros de Escuela», *Obras Completas*, Tomo IV, Buenos Aires, Editorial Luz del Día, 419-429.

³ Manuel Montt, político chileno (1809-1880) Presidente de la República de 1851 a 1861. Sarmiento lo conoció cuando aquél desempeñaba otras funciones de Gobierno. Los unió un mismo interés por la educación pública.

⁴ SARMIENTO, D. F. *Op. cit.*, 419.

⁵ *Ibidem*, 420.

⁶ ROIG, Arturo Andrés (1981) *Teoría y Crítica del Pensamiento Latinoamericano*, México, FCE, 9-23.

⁷ *Ibidem*.

⁸ *Ibidem*.

⁹ La llamada Generación de 1837, contaba en sus filas a hombres tales como Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría, Domingo Faustino Sarmiento, entre otros, de destacada actuación literaria, filosófica y política.

¹⁰ ROIG, Arturo Andrés, *Op.cit.*, 9-23

¹¹ FOUCAULT, Michel (1969) *Las Palabras y las Cosas*, México, Siglo XXI, 7

¹² FEINMANN, Juan Pablo (1982) *Filosofía y Nación*, Buenos Aires, Legasa, 149

¹³ Juan Manuel de Rosas (1793-1877). Gobernador de la Provincia de Buenos Aires durante los períodos 1829-1832 y 1835-1852. Cuestionado por sus prácticas políticas y sus estrategias para perpetuarse en el poder, su sistema de gobierno provocó fuerte rechazo en algunos inte-

lectuales y políticos, que no compartían sus ideas ni el régimen instaurado y la violencia que lo acompañó. Fueron perseguidos, debiendo exiliarse en el extranjero. Desde allí desataron una lucha antirrosista principalmente a través de la prensa y de la literatura. Los caudillos, partidarios de la causa federal, lideraban los intereses y la política de las provincias frente al centralismo de Buenos Aires. Tempranamente esta situación produjo la división entre unitarios y federales, cuyos enfrentamientos desataron la guerra civil, alternándose períodos de anarquía y totalitarismo. Este constituye un aspecto complejo de la historia argentina, pues el proceso político y militar iba produciendo frágiles alianzas y violentas rupturas que obstaculizaron la unidad y la organización nacional. De hecho, marcó fuertemente las opciones políticas, económicas, culturales y sociales en las relaciones entre Buenos Aires y las Provincias, así como la narración de estos acontecimientos.

¹⁴ CAMPOBASSI, José (1975) *Sarmiento y su época*, tomo I, Buenos Aires, Losada, 208

¹⁵ Facundo es el nombre con que se reconoce al caudillo federal Juan Facundo Quiroga (1793-1835), oriundo de la Provincia de La Rioja desde donde desplegó su acción política y guerrillera, ampliando su campo de operaciones a las provincias vecinas. Murió asesinado.

¹⁶ SARMIENTO, Domingo Faustino (1962) *Facundo*, Buenos Aires, Sur, 79

¹⁷ *Ibidem*

¹⁸ FEINMANN, Juan Pablo *Op. cit.*, 136

¹⁹ SARMIENTO, Domingo Faustino. *Facundo*, 79

²⁰ FEINMANN, Juan Pablo. *Op. cit.*, 141

²¹ *Ibidem*

²² SARMIENTO, Domingo Faustino. *Facundo*, 21

²³ SARMIENTO, Domingo Faustino. Artículo publicado en *El Progreso*, el 23 de febrero de 1843. Citado por CAMPOBASSI, *Op. cit.*, 176

²⁴ SARMIENTO, Domingo Faustino. Citado por CAMPOBASSI, *Op. cit.*, 176

²⁵ SARMIENTO, Domingo Faustino. «Los maestros de escuela», *Op. cit.*, 419

²⁶ *Ibidem*, 422

²⁷ *Ibidem*, 424

²⁸ *Ibímen*, 424-425

²⁹ *Ibímen*, 426

³⁰ *Ibidem*, 421

³¹ *Ibímen*, 421

³² *Ibídem*, 428

³³ *Ibídem*, 429

³⁴ SARMIENTO, Domingo Faustino (1952) *Obras Completas*, Tomo LI, Buenos Aires, Luz del Día, 181.

³⁵ ROIG, Arturo Andrés (1993) *Rostro y Filosofía de América Latina*, Mendoza, EDIUNC, 39